

alma, toda bondad y amor. Había en sus grandes ojos azules, una mezcla de dulzura, de ternura y de tristeza, que hacía que no se pudiese verle sin quererle. Por la mirada y la voz de aquel pobre joven, parece que adivinaba su porvenir y que se sentía nacido para ser desgraciado.

Su carácter no desmentía su fisonomía: tenía una paciencia y una benevolencia sumas, y más parecíamos compañeros de estudio que no maestro y discípulo. No se necesitaba tanto para que yo le amase, pues me bastaba salir de las garras de su predecesor. Á pesar de esto, del tiempo que me dejaba, de la buena voluntad que á uno y otro nos animaba, y de que empleó todos los medios, yo adelantaba poco, trabajando mucho. Es muy singular que, teniendo bastante facilidad de concepción, nunca he podido aprender nada con los maestros, excepto con mi padre y el señor de Lambercier. Lo poco que sé además de lo que éstos me enseñaron, lo he aprendido solo, como se verá luego. No pudiendo por mi carácter soportar ninguna clase de yugo, me es imposible sujetarme á la necesidad del momento; el mismo temor de no aprender me quita la atención; por miedo de impacientar al que me habla, hago como que le entiendo; él sigue adelante y no comprendo nada. Mi espíritu quiere seguir su inspiración y no puede someterse á la de otro.

Habiendo llegado la época de las órdenes, el señor Gatier se volvió de diácono á su país, llevándose mi cariño y mi agradecimiento. Hice por su felicidad votos que no fueron más escuchados que los que he hecho por mí mismo. Algunos años después, supe que, siendo vicario de una parroquia, había tenido un hijo de una soltera, únicos amores que tuvo, á pesar de ser su corazón modelo de ternura. Esto fué un escándalo espantoso para una diócesis en que reinaba la mayor severidad. En buena regla, los clérigos no deben tener hijos sino de las mujeres casadas. Por haber faltado á esta ley de conveniencia, fué preso, disfamado y desterrado. Ignoro si en lo sucesivo

habrá podido rehabilitarse, pero el dolor que me causó su infortunio, grabado profundamente en mi alma, se renovó cuando escribí el *Emilio*; y, reuniendo al abate Gatier con el abate Gaime, formé de esos dos dignos sacerdotes el original del vicario saboyano, y me lisonjeo de que la imitación no ha desvirtuado á sus modelos.

Durante mi permanencia en el seminario, el señor de Aubonne había tenido que salir de Annecy. Se le había ocurrido al señor intendente llevar á mal que aquél galantease á su mujer, lo cual equivalía á hacer como el perro del hortelano; pues aunque la señora Corvezi era amable, se llevaba con ella muy mal; sus gustos ultramontanos la hacían enteramente inútil para él, y la trataba tan brutalmente que se llegó á hablar de divorcio. El señor Corvezi era un hombre ruin, negro como un topo, ladrón como una urraca, y que á fuerza de vejaciones acabó por hacerse echar de su destino. Se dice que los provenzales se vengan de sus enemigos por medio de canciones; el señor de Aubonne se vengó del suyo componiendo una comedia de que remitió un ejemplar á la señora de Warens, y ésta me lo enseñó. Leila, me agradó, y me dieron tentaciones de escribir una, para probar si sería tan estúpido como su autor me había calificado; pero no llevé á cabo mi propósito hasta que estuve en Chamberí, donde escribí *El amante de sí mismo*. Así pues, cuando dije en el prólogo de esta comedia que la había escrito á los diez y ocho años, cometí un error de algunos años.

Poco más ó menos á esta época se refiere un hecho que tiene poca importancia en sí mismo, pero que ha tenido consecuencias para mí, por haber metido ruido cuando yo lo había olvidado. Salía yo una vez á la semana. Á dónde iba, no creo que necesite decirlo. Un domingo, estando en casa de mamá, se pegó fuego á un horno de los padres franciscanos, que estaba junto á la casa en que ella vivía. Aquel edificio estaba atestado de haces de leña seca. En breves instantes todo fué presa de

las llamas, que pronto cubrieron nuestra casa, traídas por el viento, poniéndola en inminente peligro. Fué preciso desamueblar rápidamente, llevándolo todo al jardín que se hallaba situado debajo de mis antiguas ventanas, y al otro lado del arroyo que tengo mencionado. Me hallaba yo tan confuso, que tiraba por la ventana cuanto me venía á mano indistintamente, hasta un gran mortero de piedra que en cualquier otra ocasión hubiera levantado con trabajo; y si no me hubiesen detenido, hubiera echado también un gran espejo. El bueno del obispo, que había venido á visitar á maná, tampoco estuvo ocioso; llevóse la al jardín, y allí se puso á rogar con ella y todos los que se hallaban presentes; de modo, que al llegar yo, pocos momentos después, vi á todo el mundo de ródillas é hice como los demás. Durante la plegaria del santo varón, cambió la dirección del viento, mas tan bruscamente y tan á tiempo, que las llamas, que cubrían la casa y entraban ya por las ventanas, fueron llevadas al otro lado del patio, y la casa no sufrió ningún daño. Dos años después, habiendo muerto el señor de Bernex, los antoninos, sus antiguos hermanos, comenzaron á reunir los testimonios que podían servir para su beatificación. Á ruego del padre Boudet, yo añadí á aquellos documentos un certificado del hecho que acabo de relatar, en lo cual obré bien; pero hice mal en darlo por un milagro. Yo había visto al obispo orando, y durante su oración vi cambiar el viento, con mucha oportunidad; he aquí lo que podía decir y certificar; pero que una de estas dos cosas fuese causa de la otra, esto es lo que no podía atestiguar, porque no podía saberlo. Mas, por lo que puedo recordar de lo que pensaba entonces, sinceramente católico, obré de buena fe. Además, la afición á lo maravilloso, tan natural en el corazón humano, mi veneración hacia aquel virtuoso prelado, el secreto orgullo de haber quizás contribuido yo mismo á que se hiciera el milagro, fueron mucha parte á seducirme; y es bien seguro que si hubiese sido

efecto de las oraciones más ardientes, hubiera podido muy bien atribuirme una parte en el milagro.

Más de treinta años después, cuando publiqué las *Cartas de la Montaña*, el señor Frerón desenterró aquel certificado, no sé de donde, y se valió de él en sus escritos. Hay que confesar que fué un feliz descubrimiento, y la oportunidad me pareció á mí mismo muy graciosa.

Yo estaba destinado á ser el desecho de todas las profesiones. Aunque el abate Gatier dió de mis adelantos el informe menos desventajoso que le fué posible, bien se veía que no eran proporcionados á mi trabajo, lo cual no era parte para animar á nadie á hacerme seguir los estudios. Así es que el obispo y el superior se disgustaron y me devolvieron á la señora de Warens, como un sujeto que ni siquiera servía para cura; «por lo demás, decían, es buen muchacho y nada vicioso;» á pesar de lo cual, y de tantas calificaciones desfavorables, ella no me abandonó.

Yo volví á casa con el libro de música en triunfo por el partido que de él había sacado. El aria de *Alfeo y Aretusa* era casi todo lo que había aprendido en el seminario. Mi afición á este arte la hizo pensar en hacerme músico, y la ocasión era oportuna; entonces se dedicaba en su casa lo menos un día cada semana á dar pequeños conciertos, y el maestro de música de la catedral, que los dirigía, venía á verla muy á menudo. Era un parisiense llamado Le Maitre, buen compositor, vivaz, divertido, joven aún, bien formado, de no muy gran capacidad, pero muy hombre de bien. Mamá me lo hizo conocer, yo me aficioné á él y no le desagradé; se trató de la pensión, y quedaron convenidos. En resumen, entré en su casa, donde pasé el invierno tanto más agradablemente cuanto que, no distando la capilla más de unos veinte pasos de casa de mamá, en un momento nos llegábamos á verla, y aun cenábamos juntos muy á menudo.

Como se comprenderá, la vida de la capilla, llena siempre de cantos y alegría, con los músicos y los niños de coro me agradaba mucho más que la del seminario, con los padres de San Lázaro. Y no obstante, con ser más libre esta vida, no era menos uniforme y reglamentada. Yo había nacido para amar la independencia y no abusar nunca de ella. Durante seis meses no salí más que para ir á la iglesia ó á ver á mamá, y ni siquiera tuve tentación de ir á ninguna otra parte.

Este intervalo es uno de aquellos en que he vivido con la mayor tranquilidad, y que siempre he recordado con el mayor placer. En las diversas situaciones en que me he encontrado, algunas se distinguen por un sentimiento tal de bienestar, que al recordarlas me parece que todavía me encuentro en ellas. No sólo recuerdo el tiempo, los lugares, las personas, sino hasta los objetos que nos rodeaban; la temperatura de la atmósfera, el olor, el color, cierto carácter local, cuya impresión sólo he sentido allí y cuyo vivo recuerdo me transporta allá nuevamente. Por ejemplo, cuanto en la capilla se ensayaba, cuanto en el coro se cantaba, todo lo que allí se hacía, el bello y noble traje de los canónigos, las casullas de los sacerdotes, las mitras de los chantres, las facciones de los músicos, un anciano carpintero cojo que tocaba el contrabajo, un abate pequeño, pelirrojo que tocaba el violón, la rota sotana que, después de haber dejado la espada, se ponía el señor Le Maître por encima de su traje seglar, y la magnífica sobrepelliz de tela fina que cubría los girones de la sotana para ir al coro; lo ufano que iba yo con mi clarinete á situarme en la orquesta, en la tribuna, para ejecutar un trozo de solo que el señor Le Maître había compuesto expresamente para mí; la buena comida que nos esperaba en seguida; el buen apetito que teníamos; este conjunto de objetos vivamente delineado en mi memoria me ha halagado mil veces tanto y más que en la realidad. Siempre he recordado con ternura un trozo del *Conditior alma*

siderum, que está en yambos, porque un domingo de Adviento, desde la cama oí este himno que se cantaba antes del alba en las gradas de la catedral, según un rito de aquella iglesia. La señorita Merceret, doncella de mamá, sabía un poco de música; nunca olvidaré un motete *Afferte* que Le Maître me hizo cantar con ella y que su ama escuchaba con el mayor placer. En fin, todo, hasta la buena criada Petra, que era tan buena muchada y á quien los chicos hacían rabiarse tanto, todo, en el recuerdo de aquellos tiempos de ventura y de inocencia, viene á menudo á trasportarme para luego entristecerme.

Vivía en Annecy hacia cerca de un año, sin que hubiese de mí la menor queja, sino al contrario, todo el mundo estaba contento conmigo. Desde mi salida de Turín, no había hecho ninguna tontería, y no cometí ninguna mientras estuve á la vista de mamá. Ella me guiaba siempre bien; mi cariño hacia ella había acabado por ser mi pasión única; y lo que prueba que no era una pasión loca, es que mi corazón formaba mi inteligencia. Cierta es que un sentimiento único, absorbiendo, por decirlo así, todas mis facultades, me dejaba en estado de no poder aprender nada, ni aun la música, á pesar de todos mis esfuerzos. Pero no era culpa mía; yo ponía de mi parte en el estudio toda mi asiduidad y la mejor voluntad. Estaba distraído, meditabundo y siempre suspirando: ¿qué había de hacer? Para que hiciese adelantos nada faltó por mi parte; pero tampoco me faltaba para cometer nuevas locuras más que algo que me las inspirase; la casualidad dispuso las circunstancias á propósito, y, como se verá, mi mala cabeza las aprovechó.

Una noche del mes de febrero, que hacía mucho frío, cuando estábamos todos arimados á la lumbre, oímos llamar á la puerta de la calle. Petra toma la linterna, baja, abre: un joven entra con ella, sube, se presenta con naturalidad, y saluda al señor Le Maître con brevedad y gracia, diciendo ser un músico francés á quien el mal estado de bolsa obliga á ir de ciudad en

ciudad ofreciendo sus servicios á las capillas para seguir el camino. Al oír esta frase *músico francés*, el corazón le estalló de gozo al buen Le Maître; amaba apasionadamente su país y su arte. Acogió benévolutamente al pasajero, le ofreció la hospitalidad que tanto parecía necesitar, y éste la aceptó sin muchos cumplimientos. Yo estuve examinándole mientras se calentaba y charlaba esperando la cena. Era pequeño de estatura, pero ancho de espaldas; tenía un no sé qué de contrabecho, sin ninguna deformidad particular; era como una especie de jorobado sin joroba, y aun me parece que cojeaba un poco. Llevaba un traje negro más bien usado que viejo, que se le caía á pedazos, una camisa muy fina, pero muy sucia, unas elegantes mangas vueltas de flequillo, unos botines, en cada uno de los cuales le hubieran entrado ambas piernas, y, para resguardarse de la nieve, un sombrerito que podía llevar debajo del brazo. Á pesar de este risible atavío había en su compostura un aire de nobleza que su semblante no desmentía, su fisonomía era agradable y revelaba finura: se expresaba muy bien y con facilidad, aunque con poca modestia. Todo contribuía á manifestar en él un joven libertino que había recibido una buena educación, y que no iba mendigando como un pobre, sino como un loco. Dijo llamarse Ventura de Villeneuve, que venía de París, que se había extraviado en el camino; y, olvidando un poco su papel de músico, añadió que iba á Grenoble á ver á un pariente que tenía en el Parlamento.

Durante la cena, se habló de música, y lo hizo con mucho acierto. Tenía noticia de todos los artistas notables, de todas las obras célebres, de todos los cantantes, de todas las mujeres hermosas, de todos los grandes personajes. De cualquier asunto de que se tratara parecía estar al corriente; pero así que se había entablado la conversación, la embrollaba con alguna salida libre que hacía reír y olvidar lo que se trataba. Era sábado, y al día siguiente había música en la catedral; el señor Le Maître

le dijo si quería cantar; — *con mucho gusto*, respondió. Le preguntó qué voz tenía y contestó que *de contralto*; y sin añadir palabra, pasó en seguida á hablar de otra cosa. Antes de ir á la iglesia, le ofrecieron su papel para que se preparara, y ni siquiera quiso mirarlo. Al ver esta fanfarronada, el señor Le Maître me dijo al oído: «Vais á ver cómo no sabe una nota de música.» «Mucho lo temo,» repliqué, y les seguí con gran zozobra. Cuando empezaron, el corazón me latía fuertemente, porque aquel joven me inspiraba un interés extraordinario.

Pronto, empero, tuve motivo para tranquilizarme, porque cantó sus dos trozos á solo con toda la precisión y buen gusto imaginables, y, lo que es más, con muy buena voz. Pocas veces he tenido una sorpresa tan agradable. Acabada la misa, Ventura fué objeto de mil elogios y felicitaciones por parte de los canónigos y de los músicos, á los que respondía con bromas algo libres, pero siempre con mucha gracia. El señor Le Maître le abrazó con efusión, yo hice otro tanto, y pareció que se alegraba de verme tan contento.

Cualquiera conyendrá conmigo en que, habiéndome prendado de Bacle, que, en resumidas cuentas, no pasaba de ser un aldeano, era muy fácil que me entusiasmara con Ventura, que había recibido una buena educación, que tenía conocimientos, ingenio, trato social, y que podía ser considerado como un libertino amable. Esto es precisamente lo que me sucedió, como creo que le hubiera pasado á cualquier otro joven que se hubiese hallado en mi lugar, tanto más fácilmente, cuanto más tacto hubiese tenido para apreciar el mérito y más gusto para aficionarse á él; porque tenía mérito sin duda alguna, sobre todo uno muy raro á su edad, el de no apresurarse á poner de manifiesto sus prendas. Ciertamente es que se jactaba de saber muchas cosas que ignoraba; pero en cuanto á las que sabía, y no eran pocas, nunca las sacaba á relucir: esperaba la ocasión oportuna, y entonces las hacía valer, aunque sin

empeño, lo cual producía gran efecto. Y como á cada nueva dote que revelaba se detenía, sin mostrar las demás, nunca se sabía cuándo las acabaría de manifestar todas. Chancero, jocosos, inagotable, seductor en la conversación, sonriendo siempre sin reír jamás, decía con tanta gracia las cosas más groseras, que todo lo hacía pasar. Las mujeres, aun las más modestas, no sabían darse cuenta de cómo le permitían tanta libertad. Por más que conociesen que era su deber enfadarse, no podían hacerlo. Lo que él necesitaba eran mujeres de costumbres licenciosas, y me parece que no había nacido para hacer conquistas, sino para hacer las delicias de la sociedad en que se encontraba. Difícil era que, adornado de tan bellas cualidades, en un país donde se reconocen y se estiman, permaneciese mucho tiempo en la esfera de los músicos.

Aunque más vivo y más duradero, mi cariño por Ventura, como más razonable en su causa, fué menos extravagante en sus efectos que el que tuve á Bacle. Me agradaba verle y oírle; hallaba excelente cuanto él hacía, su voz era para mí la de un oráculo, pero mi pasión no me llevaba al extremo de no poder vivir sin él. Tenía allí cerca un gran preservativo contra tal exceso. Por otra parte, comprendiendo que sus máximas eran magníficas para él, conocía instintivamente que para mí no servían; yo necesitaba otra clase de placeres, que él ni siquiera sospechaba, y de que yo me guardaba muy bien de hablarle, seguro de que había de burlarse de mí. Con todo, hubiera deseado aliar esta adhesión con la que me dominaba. Yo hablaba de él á mamá con entusiasmo, Le Maitre le elogiaba; así es que consintió en que se lo presentásemos. Mas esa entrevista no fué satisfactoria; él la juzgó presumida; ella á él libertino; y alarmada de que yo tuviese semejante amistad, no sólo me prohibió que volviese á conducirlo á su casa, sino que me hizo una descripción tan enérgica de los peligros á que me exponía acompañándome con aquel joven, que anduve con más

cuidado de entregarme á su trato; en breve nos vimos separados, para bien de mi cabeza y mis costumbres.

Le Maitre tenía los gustos propios de los que cultivan su arte; era aficionado al vino. Sin embargo, era sobrio en la mesa; pero trabajando en su gabinete, había de beber forzosamente. Su criada lo sabía tan bien, que tan luego como preparaba el papel para componer y cogía el violoncelo, llegaban el jarro y el vaso, y el primero se renovaba de cuando en cuando. Sin estar jamás completamente ebrio, estaba casi siempre bebido; y era una verdadera lástima, porque era un hombre de bien á carta cabal, y tan festivo, que mamá le llamaba *el gatito*. Desgraciadamente tenía mucho cariño á su arte, trabajaba mucho y bebía de la misma manera. Esto comenzó por atacar su salud, y al fin llegó á resentirse su carácter; á veces estaba de un humor receloso y sobremanera susceptible. Incapaz de cometer la menor grosería ni de faltar á nadie, jamás dijo una mala palabra á nadie, ni aun á los niños de coro; pero también exigía que nadie le faltase, lo cual era muy justo.

Lo malo era que, no teniendo gran penetración, no discernía los tonos ni los caracteres y á menudo se amoscaba por una nonada.

El antiguo cabildo de Ginebra, en que tenían á honra entrar tantos príncipes y prelados en otro tiempo, ha perdido su primitivo esplendor en el destierro, pero ha conservado su arrogancia. Para poder entrar en él, es necesario ser gentil-hombre ó doctor de la Sorbona; y, si hay orgullo perdonable después del que se funda en el mérito personal, es el que motiva el nacimiento. Además, los sacerdotes que tienen seglares á sueldo, los tratan generalmente con bastante altanería. Así trataban los canónigos con sobrada frecuencia al pobre Le Maitre. Sobre todo el chantre, llamado el abate de Vidonne, que, por lo demás, era un hombre muy cumplido, pero harto

hinchado con su nobleza, no siempre tenía con él los miramientos que sus prendas merecían, y el otro no sufría con resignación tales desdenes. Aquel año, durante la semana santa, tuvieron un altercado más vivo que de ordinario en una comida de regla que daba el obispo á los canónigos, y á que siempre estaba invitado Le Maitre. El chantre le hizo algún desafuero, y le dijo alguna palabra dura que no pudo digerir, y desde aquel instante tomó la resolución de largarse á la noche siguiente; y nada fué capaz de hacerle desistir, aunque la señora de Warens, de quien fué á despedirse, no escaseó medio alguno para apaciguarle. No quiso renunciar al placer de vengarse de aquellos tiranos, poniéndolos en un aprieto en las fiestas de Pascua de Resurrección, en cuya época era más necesario. Pero lo que le apuraba más eran sus obras musicales, que quería llevarse, y esto no era muy fácil, porque llenaban una caja bastante grande y muy pesada que no se podía llevar debajo del brazo.

Mamá hizo lo que yo hubiera hecho y lo que haría aun hoy mismo. Después de hacer cuanto pudo para retenerle, en vano, viéndole resuelto á partir á toda costa, tomó el partido de ayudarle en cuanto le fuese posible. Casi me atrevo á decir que era un deber que ella tenía. Le Maitre se había consagrado, por decirlo así, á su servicio. Ya se tratase de cosas de su arte, ya en punto á atenciones, siempre le tenía á sus órdenes, y el gusto con que la servía, daba nuevo realce á su condescendencia. Por tanto, no hacía más que pagar á un amigo en una situación crítica lo que él había hecho por ella en detalle durante tres ó cuatro años, aunque para llenar semejantes deberes su corazón no necesitaba recordar que estaba obligado á ello. Me llamó á mí y me encargó que siguiera á Le Maitre lo menos hasta Lyon, y que permaneciera á su lado todo el tiempo que me necesitara. Posteriormente me confesó que había entrado por mucho en este arreglo el deseo de ale-

jarme de Ventura. Consultó con Claudio Anet, su fiel criado, acerca del modo de llevar la caja, y éste fué de parecer que, en vez de tomar una acémila en Ancecy, que indudablemente nos descubriría, era preciso sacar la caja á brazos cuando fuese de noche, llevarla hasta cierta distancia y alquilar un asno en algún pueblo para transportarla hasta Seyssel, donde, una vez en territorio francés, ya no correríamos ningún riesgo. Este fué el consejo que siguió: salimos á las siete de aquella misma noche, y mamá, so pretexto de pagar el gasto que me correspondiese, reforzó el bolsillo del pobre *gatito* con un aumento que no le fué seguramente inútil. Claudio Anet, el jardinero y yo llevamos la caja como pudimos hasta el pueblo más cercano, donde nos relevó un asno, y aquella misma noche llegamos á Seyssel.

Ya creo haber hecho notar que hay ocasiones en que me parezco tan poco á mí mismo, que cualquiera me tomaría por otro enteramente distinto. Ahora se presenta un ejemplo de ello. El señor Reydelet, cura párroco de Seyssel, era canónigo de San Pedro, por consiguiente, conocido de Le Maitre, y una de las personas de quienes más debía ocultarse. Pues bien, mi parecer fué que, por el contrario, fuésemos á visitarle y le pidiésemos hospitalidad bajo cualquier pretexto, como si estuviésemos allí con el beneplácito del cabildo. Á Le Maitre le agradó la idea, porque hacía chistosa y burlona su venganza. Por consiguiente, nos presentamos con la mayor audacia al señor Reydelet, quien nos acogió muy bien.

Le Maitre le dijo que iba á Bellay, á ruego del obispo, á dirigir la música en las Pascuas, y que contaba volver á los pocos días; y yo, á favor de esta mentira, le endilgué otras muchas con tanta naturalidad, que al señor Reydelet le pareció que yo era un muchacho muy gracioso y me hizo mil caricias. Allí estuvimos regaladamente y tuvimos buenas camas. El señor Reydelet no sabía cómo obsequiarnos, y nos despedimos que-

dando los más amigos del mundo y con promesa de que á la vuelta nos detendríamos más tiempo. Apenas estuvimos solos, cuando soltamos el trapo á la risa, y confieso que aun me dan impulsos de reirme cuando pienso en ello; porque difícilmente puede imaginarse una travesura mejor sostenida ni más afortunada. Ella sola hubiera bastado para alegrarnos toda la jornada, si el señor Le Maitre, que no dejaba de beber y hacer de las suyas, no se hubiese visto dos ó tres veces acometido de un ataque que sufría con frecuencia, y que se parecía mucho á la epilepsia. Esto me puso en apuros que me tuvieron en continuo sobresalto, de que me propuse zafarme tan luego como pudiese.

Como habíamos dicho al señor Reydelet, fuimos á pasar las Pascuas en Bellay, donde, aunque no nos esperaban, fuimos recibidos por el maestro de música y acogidos por todo el mundo de muy buen grado. Le Maitre gozaba de una reputación envidiable entre sus compañeros de arte, y era muy merecida. El maestro de música de Bellay le dió á conocer sus mejores obras, y procuró lograr la aprobación de juez tan competente, porque además de ser perito, Le Maitre era equitativo, sintener nada de envidioso ni adulador. Era tan superior á todos los demás maestros de música de provincia, y ellos mismos estaban tan penetrados de ello, que más bien le consideraban como á su jefe que no como á su colega.

Después de haber pasado en Bellay tres ó cuatro días muy agradablemente, seguimos el camino sin otro accidente que los ya mencionados. Llegados á Lyon, fuimos á hospedarnos en Nuestra Señora de la Piedad, y, mientras esperábamos la caja que gracias á otra mentira habíamos embarcado en el Ródano con la ayuda de nuestro buen patrón el señor Reydelét, Le Maitre visitó á sus conocidos, entre ellos al padre Catón, franciscano, de quien tendremos que hablar más adelante, y al abate Dortán, conde de Lyon. Uno y otro le recibieron bien, pero le

hicieron traición, como vamos á verlo: su buena estrella se había eclipsado al salir de casa del cura Reydelet.

Dos días después de nuestra llegada á Lyon, en el momento en que pasábamos por una callejuela no distante de nuestra posada, le acometió á Le Maitre uno de sus ataques, pero esta vez fué tan violento que yo me sobrecogí de espanto. Grité. pedí socorro, dije donde vivía y supliqué que le hicieran llevar allá; y luego, mientras se reunía gente y se agrupaba alrededor de un hombre que había caído en medio de la calle sin sentido, y echando espuma por la boca, fué abandonado del único amigo con quien hubiera debido contar. Aproveché la ocasión en que nadie se acordaba de mí; volví la primera esquina de la calle, y desaparecí. Á Dios gracias, he salido de esta tercera penosa confesión. Si me quedaran muchas que hacer semejantes á ésta, abandonaría el trabajo comenzado.

De cuanto hasta ahora he dicho han quedado algunas huellas en todos los lugares donde he vivido; mas lo que tengo que decir en el Libro siguiente es casi enteramente ignorado. Son las mayores extravagancias de mi vida y es una verdadera suerte que no hayan acabado peor. Pero mi cabeza, templada conforme á un instrumento extraño, estaba fuera de su diapasón, y le recobró por sí misma; entonces cesaron mis locuras ó á lo menos fueron más conformes con mi carácter. Esta época de mi juventud es aquella de que tengo una idea más confusa. Casi nada tuvo lugar entonces que interesase bastante á mi corazón; para que haya conservado un recuerdo vivo, y es difícil que con tantas idas y venidas, con tantos cambios sucesivos, no haya algunas trasposiciones de tiempos ó de lugares. Escribo enteramente de memoria, sin documentos y sin materiales que me la puedan recordar.

Hay acontecimientos en mi vida que los tengo tan presentes como si acabasen de tener lugar; pero también hay lagunas y

vacíos que no puedo llenar sino con relatos tan confusos como los recuerdos que me han quedado. Por consiguiente, puedo haber cometido algunos errores y aun puede ser que en adelante los cometa acerca de hechos de poca monta, hasta la época en que tengo noticias más seguras de mi mismo; mas en cuanto á lo que verdaderamente importa, estoy seguro de ser exacto y fiel, como procuraré siempre serlo en todo: he ahí lo que se puede contar por seguro.

Tan luego como me hube desprendido del señor Le Maitre, tomé decididamente el partido de volver á Annecy. La causa y el misterio de aquel viaje habían encaminado todo mi pensamiento á procurar la seguridad de nuestra retirada, y este interés me había distraído durante algunos días de lo que me hacía volver atrás; pero, desde el momento en que la seguridad me permitió tranquilizarme, recobró su lugar el sentimiento dominante. Nada me halagaba, nada me tentaba, no tenía más deseo que el de volver al lado de mamá. La ternura y la verdad de mi cariño hacia ella habían desarraigado de mi alma todos los proyectos imaginarios, todos los delirios de la ambición. No veía ya otra felicidad que la de vivir á su lado y no daba sin dolor un solo paso que contribuyese á alejarme de ella. Así, pues, tan pronto como me fué posible, volví sin vacilar un momento. Tan rápida fué mi vuelta y tan lleno estaba mi espíritu con su idea que á pesar de recordar con tanto placer todos mis demás viajes, no tengo de éste el menor recuerdo, nada de él tengo presente más que mi salida de Lyon y mi llegada á Annecy. ¡Considérese, sobre todo, si esta última época se habrá borrado de mi memoria! Á mi llegada, no encontré á la señora de Warens: había salido para París.

Nunca he sabido bien el objeto de aquel viaje. Estoy seguro de que me lo habría dicho si yo le hubiera instado; pero no creo que tenga nadie menos curiosidad que yo por saber los

secretos de sus amigos: mi corazón, ocupado únicamente con el presente, se llena de él por completo, y, fuera de los placeres pasados, que son en adelante mis únicos goces, no queda en él un solo punto vacío para el pasado. Cuanto he podido entrever en lo poco que me dijo sobre este viaje es que, con la revolución que tuvo lugar en Turin á la abdicación del rey de Ceruena, temió quedar olvidada; y á favor de las intrigas del señor de Aubonne, quiso probar si podría obtener el mismo beneficio de la corte de Francia, donde me había dicho varias veces que lo hubiera preferido, porque el cúmulo de asuntos importantes hace que no se vea uno tan desagradablemente vigilado. Si esto es así, parece extraño que á su vuelta no le pusiesen peor cara y que siempre haya recibido su pensión sin interrupción ninguna. Muchas personas han creído que lo fué encomendada una comisión importante, ya por parte del obispo, que tenía entonces asuntos pendientes en la corte de Francia, á donde se vió obligado á ir él mismo, ya por parte de alguien más poderoso aún, que supo procurarle un feliz regreso. Lo que hay de seguro, si así sucedió, es que la embajadora no fué mal escogida y que, joven y bella todavía, tenía todas las cualidades necesarias para salir airosa de una negociación diplomática.

LIBRO CUARTO

(1731 á 1732.)

Llego, y no la encuentro. ¡Considérese cuál sería mi sorpresa y mi dolor! Entonces fué cuando empecé á arrepentirme de haber abandonado cobardemente al señor Le Maitre, y